

Ella es así

Ella llora muchísimo en su llanto,
con manos y rincones,
con una sombra verde que la sigue,
lloran juntas,
una sombra de gitana meridional que llora
en el cine, en los autos, las mudanzas,
los meses, los pasillos, los teléfonos,
por mí, por él, por todos,
por el alma de su perro y de su gato.
Cómo llora llorando mientras llora,
mientras mira, mientras mueve su elegancia,
ella tan meteorológica en su llanto,
fluvial desde los ojos y en reflejos
cayendo por mejillas, sumiéndose en los labios,
formándose de nuevo en una gota
temblando en el mentón al arrojarse,
cayendo sobre todo, las caricias, los pechos, las rodillas,
empapando los sueños, los pañuelos,
alertando a Noé que pinte el arca
y congregue otra vez los animales.
Son saladas sus lágrimas tal vez porque un ahogado
se le hunde en la memoria,
tal vez porque antes fuera una sirena,
la cosa es que ella llora con coraje,
con dientes, con espasmos,
ella vive llorando en las ventanas,
las tardes, las almohadas,
porque sí, porque no, porque la muerte
y el resto de estos años, de estos besos.
Ella llora en los mapas y los días,
muchísimo en su llanto llora y llora,
hasta que sale el sol en medio de su sombra,
debajo de su blusa y en su casa
y la vida se pone tan hermosa
que llora un poco más, emocionada.



Estudiantes de Bellas Artes

En silencio de tribu desterrada
esperan en la puerta del zoológico:
van a copiar, al alba, los viejos animales.
Respiran vaporosos en el frío,
la sombra de Altamira descansa en sus carpetas,
la sombra donde laten los dibujos
y vigila en sus líneas el bestiario.
Domésticos, modernos en su ropa
aguardan a que se abran los portones
para empezar la magia.
Son hombres y mujeres y en sus ojos
la sed del cazador sepulto brilla.
Las pausadas criaturas, sinuosas, en la jaula
anhelan en sus dientes el encuentro,
el rito donde el trazo acecha con su filo
y el peligro se embosca en la mirada.
Apenas un momento furtivo desnudando
las sangres que se buscan,
la mimesis que esfuma los barrotes.
Matar, pintar, sangrar un animal,
morir bajo el amor de su zarpazo.
Los lápices, las líneas,
el aliento carnal de los bocetos,
la mano con su gesto de Dios iluminando,
abriendo una llanura secreta bajo el cielo
donde el hombre y la bestia,
de nuevo, se persiguen.



Triste de mayo

Demediada ya la bestia luminosa
queda esconder el llanto en bodegones,
en los lugares públicos, sentarse,
tomarse el propio cráneo de Yorick en las manos,
lejos del mar, en la ciudad del jueves,
prever la caridad de los zapatos,
pensar en herramientas oxidadas,
en barcos tierra adentro,
en piezas que han perdido ya su máquina.

Decirse que hay un eco sin el grito,
que uno termina en dedos ahora, y en silencios,
que uno termina en uno.
El cuerpo ya no sigue en otro cuerpo,
y hay niebla y en las calles vacías una anciana
parada, oscura, al fondo.

Mirar al cercenado, impar, amanecido
con la noche en la mano del invierno,
respirar las mitades azules del oxígeno,
las cuerdas interpuestas,
la navaja que parte en dos los soles.

Quedan los blandos días
a orillas de lo roto, pertenencias,
azulejos, paredes de otras vidas
sobre la medianera de las demoliciones.
Queda el verbo del viento en la memoria
como un sepulturero de guitarras.

